

# Quietud

**E**N la época de la vida lenta resaltaban las tardes largas, suficientes, y en las tardes, el vivir de muchos hombres sobrados o con bastante para ellos.

Estos hombres no eran nada, no hacían nada, no querían nada tampoco, ni necesitaban más para ellos solos.

Vivían en casas grandes, algunas descomunales, con pocos muebles y los pisos de yeso.

Se recogían temprano, al toque de ánimas, y se levantaban tarde. Cruzando los anchos corredores y las diversas habitaciones, se les encontraba al fondo de una gran sala, que más parecía camaranchón, con poca luz, en una cama grande y alta que parecía arrojada con honda en un desván. El hombre, medio se incorporaba a sus despacios y decía: «Aquí estoy, como los quehaceres son pocos, no me levanto». Pero al fin se levantaba y daba una vuelta a ver qué hacía el tiempo o se estaba en su casa sentado hasta la hora de comer.

Vestían modestamente, con el aseo del que no se mancha, y eran más bien toscos. Se relacionaban entre sí sin gran intimidad; convi-

rían sin compenetración, sin verdadera amistad; cada uno era cada uno y su mejor compañía, la soledad, para tomar el sol en la puerta de su casa. Sin embargo, paseaban. El paseo, reunidos, lo practicaban diariamente como un rito: se iban al Sepulcro, a las monjas o a las eras, y al llegar, se sentaban en una piedra, muchas veces, muchísimas, sin hablar ni una palabra en toda la tarde, como si cada uno tuviera bastante con su propio pensamiento.

Otros muchos del pueblo los miraban con envidia, tenían la misma aspiración de no hacer nada y se juntaban con ellos algunas veces.

A la hora de venir los carros, se volvían para que no les echaran el polvo y se iban al casino un rato hasta las ocho. Al dar la primera campanada en la Villa, empezaban a desfilar cada uno por su lado. Al acabar el toque de oración en Santa Quiteria, ya no se veía a nadie y el eco de las campanas retumbaba en las nubes, como si se propagara por las oquedades de una larga cueva. La Plaza se quedaba en profundo silencio. Todas las cosas quedaban quietas. Seguía la noche de los tiempos.

---

## Paso a nivel de Piedrola

---

**E**S único en todo el término. Cruzándolo se llega por ambos lados a hermosos campos de viñas que hacia el poniente se realzan con las casejas de «Malagueña» y el «Calero», algún que otro almendro maltratado, las piedras de la pedriza enlazadas con raíces de tomillo y por encima del Rasillo las puntas de los árboles de la Huerta del «Cuco»; hermoso paraje por el que se presiente el gazapeo de los conejos y el aire conserva cierto aroma de monte bravío y salvaje.

La vía se pasa entre dos desmontes muy próximos y en lo más cerrado de una curva del carril, como el puerto entre dos montañas casi juntas. El tren aparece siempre de improviso, sin que dé tiempo a prevenirse al viandante, ni al maquinista. Es lugar para cruzarlo con precaución y mirando a ambos lados; lo sé por experiencia, pero estando quieto en él, es maravilloso contemplar en aquel silencio el horrisono crujir de los vagones que van de uno a otro desmonte, en loco desenfreno, mientras que uno saborea la paz campestre mirando el cielo y sin querer ir a ninguna parte.